

fiesta con mayor riqueza, variedad y densidad; y para ello nos remitimos al «teatro No», en el que Javier Rubiera (I: 499-504) ve la problemática de la interpretación cultural oriente-occidente; o al denominado «teatro de aglomeración», considerado por José María Fernández I: 377) como «espectáculo total, globalizador, magnífico, antes que teatro considerado como texto literario y texto espectacular».

Debemos destacar la atención prestada al texto dramático (texto literario y representación) desde el análisis de la obra dramática considerada como objeto significativo que da lugar a un proceso de comunicación. Han seguido esta estrategia de análisis Catherine Raffi-Bérout (I: 461-472), que analiza los sistemas semióticos empleados en el teatro de Fernández de Lizardi para representar el poder político; Josefina Albert Galera (I: 277-284), la cual lleva a cabo un estudio de los semas característicos de la isotopía muerte en *La casa de Bernarda Alba*; Joaquina Canoa (I: 309-317), quien analiza el carácter simbólico de *Los intereses creados* partiendo de los signos de las acotaciones y del diálogo; Hub Hermans (II: 649-661), quien siguiendo de cerca el modelo actancial de Greimas establece los triángulos torrentianos en *El casamiento engañoso*; Carmen Correa (I: 347-354), que hace un análisis de *Hamlet Machine*, de Heiner Müller a partir de la representación llevada a cabo en 1990 por el grupo sevillano Atalaya, teniendo en

cuenta los tipos de relación entre los signos teatrales en los niveles sintáctico, semántico y pragmático (modelo propuesto por Ch. Morris) y estudiando algunos de los elementos que Kowzan apunta en su metodología (palabra, maquillaje, peinado, traje, decorado, iluminación etc.).

El tema del descubrimiento ha sido tratado por diferentes críticos entre los cuales podemos citar los trabajos de Alicia Yllera (I: 267-274), la cual se centra en una serie de textos que desarrollan el tema del «descubrimiento de la soledad, de la cultura y del otro»; Salvador Crespo Matellán (II: 989-997), M. C. Clara Angélica Ureta (II: 1025-1032), Claudio Cifuentes Aldunate (II: 991-997); y Raquel Gutiérrez Estupián (II: 1009-1014). Estas cuatro últimas comunicaciones hacen referencia a los acontecimientos históricos —y a veces novelescos— de la conquista de América.

AGUSTINA TORRES LARA

SCHULTE, RAINER y BIGUENET, JOHN (eds.) (1992). *Theories of Translation - An Anthology of Essays from Dryden to Derrida*. Chicago y Londres: The University of Chicago Press. 254 págs.

En esta obra tan esperada por los estudiosos de la traducción, se

incluyen las teorías más importantes surgidas durante los últimos doscientos años, que naturalmente han de contemplarse en su contexto, pues reflejan las discusiones sobre la problemática de la (im)posibilidad de la práctica de la traducción. Jacques Derrida, en *Des Tours de Babel* (1985), afirma que todo traductor puede hablar sobre su proceso ya que el texto original es deudor suyo por haberlo elegido para formar parte de otra cultura. Algunos traductores han formulado sus ideas en forma de ensayos —Ezra Pound en *Guido's Relations* (1935, Vladimir Nabokov en *Problems of Translation: Onegin in English* (1955) y Peter Szondi en *The Poetry of Constancy; Paul Celn's Translation of Shakespeare's Sonnet* (1971)—, y otros han elegido las Introducciones de sus propias traducciones para difundir sus líneas teóricas, como Dante Gabriel Rossetti en su Preface to *The Early Italian Poets* (1861) y Paul Valery en *Variations on the Ecloques* (1953).

A pesar de que aparezcan en forma cronológica los principales documentos sobre el desarrollo de la teoría de la traducción —desde principios del siglo XIX hasta los más contemporáneos— con el fin de ofrecer al lector un amplio sentido de la historia de la traducción, esta antología comienza con la obra *On the Art of Translation* (1965), de Higo Friedrich, que incluye unas nociones generales sobre las carac-

terísticas principales de la traducción desde los romanos hasta nuestros días, explicando las ideas principales que han ido dando forma a la teoría de la traducción a través de los siglos. Si sus consideraciones son importantes, no es sólo por su clara valoración de las perspectivas históricas que han modificado la teoría de la traducción en el pasado, sino también porque resume todas las cuestiones que son básicas para traductores y críticos.

John Dryden fue quien primero trazó las diferentes líneas de pensamiento sobre la traducción, y que han sido el punto de partida de discusiones en tiempos más recientes. Muchas de sus teorías expuestas en *On Translation* (1680) son familiares para los que se dedican, con mayor o menos éxito, a la práctica de la traducción, insistiendo en que «antes de intentar traducir un texto extranjero, el traductor debe poseer un gran sentido crítico de su lengua materna», hasta tal punto que «si hubiera que permitir alguna deficiencia en una de ellas, sería en el original»: tal sólo con unos conocimientos suficientes de la lengua extranjera para captar el sentido del texto que va a traducir, podrá expresarlo con elocuencia en su propia lengua si la domina totalmente.

La mayoría de los teóricos de la traducción del siglo XIX aceptaban la premisa básica de llevar la traducción hacia el texto original, pero sus conceptos teóricos se refieren a dife-

rentes aspectos del proceso de la traducción en cuanto a la transferencia del texto de una lengua a otra. Wilhelm von Humboldt preconiza la fidelidad a la totalidad del texto en vez de a sus partes o detalles. En su *Introduction to the Translation of Agamemnon* (1816) afirma su postura sobre las equivalencias, pues cree que «ninguna palabra de una lengua tiene un equivalente exacto en otra; por tanto, no todos los conceptos que se expresan a través de las palabras de una lengua son exactamente los mismos que se expresan a través de las palabras de otra». Friedrich Schlegel incorpora en *On the Different Methods of Translating* (1813) la visión de Goethe sobre el proceso de la traducción y añade su famoso comentario sobre la relación entre lector-traductor-autor: «O el traductor deja sólo al escritor, tanto como sea posible y lleva al lector hacia el escritor, o deja solo al lector y lleva al escritor hacia él. Estas ideas y actitudes son adoptadas posteriormente por Walter Benjamin en *The Task of the Translator* (1923) y José Ortega y Gasset en *The Misery and the Splendor of Translation* (1937). También Yves Bonnefoy, en su ensayo *Translating Poetry* (1976) está de acuerdo con la idea de Walter Benjamin de acercarse lo más posible al texto poético extranjero, principalmente si se trata de una lengua remota a la suya, pues cree que «el error fundamental del traductor es que mantiene el estado natural de su

propia lengua en vez de dejarla que sufra el impacto de la lengua extranjera y se desarrolle y haga más profunda a través de ésta, tratando de penetrar hasta los últimos rincones de esa lengua, donde cada palabra, imagen o el tono se hacen uno solo». La inmersión del poeta como traductor en la obra extranjera educa su sensibilidad y, al mismo tiempo, recrea su propia energía poética. El problema de las equivalencias es incluso más delicado y problemático en el campo de la poesía, donde los equivalentes no son posibles. Según Humboldt «los poemas no pueden traducirse, sólo pueden reescribirse, lo que es siempre un empresa ambigua». Esta conclusión le lleva a otra idea importante: «puesto que no pueden encontrarse equivalentes exactos para la transferencia de los textos poéticos, el lector/traductor puede acercarse al original del texto de la lengua fuente por medio de traducciones múltiples», de las que es partidario, pues las diversas perspectivas creadas por diferentes traductores del mismo texto ofrecen a los lectores la oportunidad de profundizar en la esencia de un poema o una obra en prosa, y además «los lectores de la lengua de una nación que no puedan leer a los clásicos en la versión original, llegarán a conocerlos mejor a través de las traducciones múltiples que por medio de una sola traducción». Este concepto de traducción múltiple como la forma ideal de comprensión se ha con-

siderado un factor fundamental del pensamiento teórico en el campo de los Estudios de Traducción durante los siglos XIX y XX.

Los límites que delimitan los estudios de traducción han continuado dilatándose, habiendo quedado suficientemente claro que la traducción es fundamental para cualquier acto de comunicación humana, pues todo acto comunicativo es un acto de traducción. Octavio Paz comienza su interesante ensayo *Translation: Literature and Letters* (1971) afirmando que «cuando aprendemos a hablar ya estamos aprendiendo a traducir, pues cuando el niño pregunta a su madre el significado de una palabra le está pidiendo que traduzca el término desconocido en las palabras simples que conoce, de ahí que no considere diferente la traducción intralingüística de la interlingüística, añadiendo que «ningún texto puede ser completamente original porque la misma lengua, en su propia esencia, es ya una traducción: primero del mundo no verbal y después porque cada signo y cada frase es una traducción de otro signo, de otra frase». Por tanto, es lógico que cualquier investigación sobre la naturaleza del lenguaje, su origen y función, sea parte integrante de la teoría de la traducción, pues como afirma Arthur Schopenhauer en *On Language and Words* (1800): «se piensa de manera diferente en cada lengua, modificándose nuestro pensamiento al aprender otra lengua extranjera. El poliglotismo es —

aparte de sus innumerables ventajas inmediatas— un medio directo de educar la mente y de corregir y perfeccionar nuestra percepción y acrecienta la flexibilidad del pensamiento, ya que al aprender muchas lenguas el concepto se va separando de la palabra».

Roman Jakobson insiste en *On Linguistic Aspects of Translation* (1959) en que «las lenguas difieren esencialmente en lo que *deben* transmitir y no en lo que *pueden* transmitir, clasificando la traducción en tres categorías: 1) traducción intralingüística o paráfrasis; 2) interlingüística o traducción propiamente dicha, y 3) intersemiótica —interpretación de los signos verbales por medio de signos de sistemas no verbales, música, danza, cine, pintura— o transmutación. Y Johann Wolfgang von Goethe, en su ensayo *Translations* (1819), clasifica la traducción en tres categorías: 1) la traducción simple y prosaica; 2) la que solamente trata de apropiarse del contenido del texto extranjero, y 3) cuando el traductor trata de conseguir una traducción idéntica al original. En esta última es donde el traductor tiene que resolver las diferencias de estructuras y medio de expresión entre las dos lenguas, principalmente en el caso de la literatura —como Henry Schogt apunta en su ensayo *Semantic Theory and Translation Theory* (1985)—, donde los valores estéticos a veces tiene que comunicarlos añadiendo información no contenida en el texto fuente. Por

ello, Schogt cree que a pesar de la conexión que existe entre la semántica y la traducción, por tratar la primera del significado y la segunda de la transferencia del significado, la teoría semántica y la teoría de la traducción no tienen una conexión claramente definida. Para aquellos textos en los que prevalece el significado cognitivo y la expresión formal de ese significado no tiene otra función que la de comunicarlo, la teoría semántica es útil y adecuada para describir el doble proceso de codificar y descodificar, pero en los textos literarios se reduce considerablemente la importancia de la semántica, ya que sólo se limita a los elementos denotativos, siendo necesario el análisis del idiolecto del texto fuente no sólo desde el punto de vista semántico sino también con respecto a todos los índices intencionales y no intencionales que sean considerados importantes en el texto. No obstante, aunque hayamos de admitir la distancia que existe entre los lingüistas interesados en la teoría semántica y los críticos o traductores literarios, esto no quiere decir que no sea útil que ambos traten de comprender sus puntos de vista.

También Michael Riffaterre, insiste en que la traducción literaria es diferente de la traducción en general, por la misma razón que la literatura es diferente de los usos no literarios de la lengua. En su obra *Transposing Presuppositions on the Semiotics of Literary Translation* (1985), explica

cómo debe reflejar o imitar la traducción esas diferencias: en primer lugar, debe transmitir la forma, signos y sonidos del original, aunque sea un sistema diferente (por ejemplo, las aliteraciones sólo requieren una repetición de sonidos no teniendo que ser necesariamente los mismos del texto fuente); hay signos que indican el género al que pertenece el texto, en este caso una obra artística, en vez de una simple representación de la realidad; toda traducción presupone la existencia un texto fuente, y éste la de un autor con un estilo determinado; el estilo y el tema implican un género. Por tanto, ninguna traducción literaria puede ser acertada a menos que encuentre las equivalencias de estas implicaciones. Sin embargo algunas de ellas no podrán encontrarse en la lengua término al mismo nivel que en la fuente; por ejemplo, las equivalencias de los elementos léxicos del original pueden buscarse en la traducción a nivel sintáctico y viceversa: los pasajes oscuros o casi intraducibles pueden necesitar una perfrasis, es decir, en vez de la simple sustitución lexema-por-lexema, puede ser necesaria la sustitución sintagma-por-lexema; puesto que la misión del traductor es actualizar las partes relevantes del texto, en la traducción literaria no sólo debe traducir lo que hay en ese texto sino lo que ese texto implica.

Para Friedrich Nietzsche, lo que es más difícil trasladar de una lengua a otra es el *tiempo* de su estilo; esas

características que se encuentran en los más profundo del carácter de un pueblo o de una época determinada. En su ensayo *On the Problem of Translation* (1882), examina cómo traducían los romanos los textos que les interesaban según sus propósitos, de tal manera que eliminaban cualquier aspecto que resultara viejo y caduco, y daban una apariencia contemporánea a los materiales traducidos. Y Hans Erich Nossack confiesa en *Translating and Being Translated* (1965) que no se considera un especialista a pesar de haber traducido varios libros de los que se siente más orgulloso que de los que es autor, pues no se ha acercado a ellos como traductor, sino como admirador, creyendo necesaria una total identificación con la obra para llevar a cabo una traducción con la que pueda disfrutar el lector. Para ello se requiere una disciplina que comienza con ser capaz de hablar y escribir correctamente en la lengua materna, sin olvidar que para traducir una metáfora extranjera y comunicar el mensaje que contiene a sus lectores se verá forzado a usar palabras que no pertenecen a su vocabulario normal (el vocabulario del traductor excede el de cualquier hablante en el doble de sus expresiones) por lo que la traducción requiere un aprendizaje práctico que le muestre la riqueza y flexibilidad de su propia lengua; traducir significa mucho más que ganarse la vida, ya que la traducción es una de las profe-

siones que requieren mayor entrega y dedicación.

De todos estos ensayos sobre la teoría de la traducción pueden sacarse dos conceptos fundamentales: 1) que la transferencia de lo que hay de extraño o diferente en otras lenguas a la nuestra nos permite explorar y formular emociones y conceptos que de otra forma no habríamos experimentado, y 2) que el acto de traducir extiende y amplía continuamente los límites lingüísticos de nuestra propia lengua. En este sentido, la traducción funciona como una fuerza revitalizadora del lenguaje: puede fomentar la creación de nuevas palabras en la lengua receptora e influenciar las estructuras gramaticales y semánticas de esa lengua.

En resumen, la traducción puede considerarse una forma de enriquecimiento lingüístico y conceptual, pues no sólo revitaliza las posibilidades expresivas de una lengua, sino también la búsqueda de métodos para perfeccionar el arte de la interpretación: los métodos empleados por el traductor pueden convertirse en un modelo para interpretar los textos literarios en general. La teoría de la traducción siempre ha mostrado un interés especial en la reconstrucción de los procesos de interpretación textual, lo que reafirma su interconexión con otras disciplinas y la define como una actividad interdisciplinar.

MARÍA ANTONIA ÁLVAREZ